

Boletín 29 REDen



Septiembre-Diciembre 2025

PATRIMONIO CULTURAL Y ESPIRITUALIDAD . VOLUMEN 1



PATRIMONIO CULTURAL Y ESPIRITUALIDAD . VOLUMEN 1



REVISTA DE PATRIMONIO CULTURAL

NATCHAIEVING MÉNDEZ BLANCO (2025)

UN CAFÉ CON EL BUEN VECINO. ENTREVISTA A SAN JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ. EL APÓSTOL DE LA CIENCIA. BOLETÍN en RED. *Revista de Patrimonial Cultural*, Nº 29, Volumen 1, Año 6, Etapa 3, Septiembre-Diciembre, Pp. 06-15

REVISTA DE PATRIMONIO CULTURAL



UN CAFÉ CON EL BUEN VECINO

ENTREVISTA A SAN JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ
EL APÓSTOL DE LA CIENCIA

NATCHAIEVING MÉNDEZ BLANCO*
VENEZUELA



“En una conversación imaginaria, el primer santo venezolano reflexiona sobre su vida, la unión de fe y ciencia, y el deber de servir a los enfermos”

Mural “Homenaje a San José Gregorio Hernández” (2025), realizado por Alejandro Molina, “Hamk Trazos”, sobre las fachadas de las casas del barrio caraqueño de Petare. Fuente: www.mundour.com

Para muchos venezolanos, San José Gregorio Hernández es tan cercano que incluso lo tutean. Algunos le llaman “Goyo”, “Goyito” y desde hace casi un siglo es referencia cuando existe alguna petición que requiera una intervención divina, especialmente si se trata de la salud.

Trajeado de blanco, con bata de médico o traje formal negro, con su característico sombrero negro, maletín y bigote bien cuidado, este santo venezolano, el primero junto a Santa Carmen Rendiles, ha estado por décadas en la mesita de noche, el altar en la sala y hasta en el chiste cariñoso cuando el susto ha pasado: “Ay gracias Goyito, me echaste una mano”, se dice.

¿Cuántas conversaciones no habrá tenido San José Gregorio Hernández en vida y cuántas después del término de su mortalidad? Antes de ser canonizado por el Papa León XIV el pasado 19 de octubre de 2025, este trujillano para el imaginario colectivo ya era parte de los seres elevados a los altares, aunque la Iglesia Católica no lo hubiese oficializado.

Muchas biografías lo describen como un ser sencillo, humanitario, detallista y respetuoso, como la idiosincrasia del andino. Un ser cercano con entrega hacia los más necesitados. Con ese humor ligero que a muchos venezolanos describe y a la vez, con la rigidez, disciplina y precisión que ser médico requiere.

Bajo esta premisa, esta entrevista cualitativa conversacional imaginaria juega a sentarlo de frente. Lo espero, sentada en un banquito de madera, en el largo zaguán de su casa en La Pastora, Caracas, donde atendía a los enfermos.

Más que hacer una semblanza solemne de este científico y santo, en función a la biografía escrita por Rafael Ramón Castellanos: *El milagroso médico de los pobres en Isnotú* (2022) y otros trabajos de su vida y obra encontrados en el

ecosistema digital, esta entrevista presenta las posibles respuestas de aquel hombre sencillo, de carcajada discreta, con sentido del humor tan humano que en su eternidad permite sonreír mientras se le pide un milagro.

Así, en este viaje imaginario, lo recibo poniéndome de pie y estrechando su mano, la cual extiende gentil y cariñosamente. Me recibe con una sonrisa y colocando su mano sobre mi mejilla derecha, me saluda como un padre al recibir a un niño. Me invita a que me siente, me ofrece un café, el cual no desprecio porque “*un café no se le niega a nadie, menos a un santo*”, pienso. Me mira expectante y con dulzura, con una serenidad que evoca el mar en calma y con una paz que da sosiego a algún tipo de nervio o miedo que cualquier periodista siente al estar frente a un nuevo entrevistado.

GRACIAS POR ESTE TIEMPO QUE SE TOMA PARA RECIBIRME Y RESPONDERME

¡La gracia de Dios sea contigo, hija mía! El honor es todo mío. Es un verdadero gozo para mí poder compartir un poco de la luz que el Señor me permitió vivir. Recuerda, siempre el tiempo dedicado a la caridad, al servicio, a la búsqueda de la verdad y la fe, nunca es tiempo perdido.

¿DOCTOR, SANTO, “MÉDICO DE LOS POBRES”? SI PUDIERA ESCOGER USTED MISMO SU APODO ¿CUÁL SE PONDRÍA Y POR QUÉ?

Quizás escogería el de “Médico de los pobres”, aunque le confieso que me conformaría con que me llamaran simplemente “buen vecino”. Este nombre vino de la gente, no de mí, cuando visitaba las casas humildes de los pacientes que no podían pagar. Muchos de ellos solo dejaron en mi mesa un poco de café, algunas frutas o una buena palabra como: “Dios se lo pague”. Ciertamente fui doctor, hombre de ciencia, pero nunca olvidé que mi primer deber ante la medicina era el de esforzarme en aliviar, acompañar y tratar dignamente a quienes lo necesitaban, sin importar si tenían recursos o no.

SI PUDIERA PRESENTARSE HOY ANTE QUIENES LEEN ESTA REVISTA ESPECIALIZADA EN PATRIMONIO CULTURAL, ¿CÓMO LE GUSTARÍA QUE LO

*Profesora en Educación Integral, Comunicadora Social, Doctora en Patrimonio Cultural; cuentacuentos, titiritera, escritora e investigadora curiosa de todas las rarezas y certezas del mundo. Correo-e: natchaieving@gmail.com



RECORDARAN?

Como un venezolano sencillo, un médico al servicio de Dios que trató de unir la ciencia con la ayuda al más desposeído. Un hombre de un pueblo de gente amable, humilde y respetuosa: Isnotú. Un cristiano al servicio de las causas del Padre al que reconocía en cada enfermo que atendía y por eso lo trataba con respeto y ternura pues, atender al prójimo significa ayudar al Señor mismo. Un trujillano que aprendió y aplicó el principio de que la ciencia sin compasión es acción vacía.

Ciertamente fui médico, profesor, pero todos esos títulos solo tenían sentido cuando aliviaba el sufrimiento del hermano, escuchaba a quien lo necesitaba, como usted, aunque no tuviese con qué pagar. En muchos casos yo compraba las medicinas porque nada era más importante para mí que el bienestar del prójimo como bien lo dijo Cristo: "amarás a tu prójimo como a ti mismo", el segundo gran mandamiento que nos enseñó el hijo del Padre hecho hombre y que está en los Evangelios de Mateo 22:39 y Marcos 12:31. Solo cumplí y aun lo hago, con la ley máxima de Dios.

Usted me dice que esta revista trata sobre el patrimonio, entonces me gustaría ser recordado como parte de ese patrimonio espiritual de Venezuela, con la esencia de ser venezolano: alguien que intentó vivir con honradez, estudiar con disciplina y amar a la gente sin distinciones. Que mi nombre sea símbolo de unión, encuentro, solidaridad, servicio y esperanza para quienes me invocan y recuerdan.

ISNOTÚ Y EL DESTINO: LA MISIÓN DEL 29 DE JUNIO

¿QUÉ SIGNIFICÓ ISNOTÚ PARA USTED?

Isnotú, el pueblo que me vio nacer un 26 de octubre de 1864. Mi primera escuela y mi casa para siempre, aunque la vida me llevó a Caracas y a Europa, para mí fue un templo abierto en el que las montañas, las casas sencillas y la candidez de la gente colman el ambiente de humildad, de belleza, de dignidad silenciosa y solidaridad.

Allí aprendí a mirar el mundo con gratitud y a reconocer en cada mañana y persona la presencia de Dios. El tesoro en el que se cultivó la

fe profunda de mi madrecita Josefa Antonia, quien durante los seis años que compartió conmigo el mundo de los vivos, además de hablarme de su tierra Barinas, me enseñó a rezar, a orar, a hablar con Dios antes que hablar. Las calles que me recuerdan la rectitud y constancia de mi padre, Benigno Hernández Manzaneda, quien además de mercancías secas también tuvo la osadía de ofrecer productos farmacéuticos a falta de médico que pudiese ver a la gente del pueblo.

¿QUÉ REPRESENTA PARA USTED LA FECHA 29 DE JUNIO?

El 29 de junio para mí es una fecha partida en tres, pero unida por la misma gracia. Ese día de 1888, Aníbal Dominici, mentor, padre de uno de mis mejores y más apreciados amigos, como rector de la Universidad Central de Venezuela me otorgó el título de Doctor en Ciencias Médicas. Justamente me graduaba de médico en uno de los momentos más difíciles del país, a mi tierra había llegado la epidemia de la fiebre amarilla o vómito negro y yo deseaba socorrer a mi gente, a mis paisanos. Así que este título era el inicio de la misión que Dios me asignó en la Tierra: el servicio a los enfermos, especialmente a los más humildes. Para mí el estudio y el servicio era una forma de oración y por eso lo practicaba vehemente y fervientemente.

Y mira las casualidades del destino, ese día se honra a San Pedro y San Pablo, dos pilares de nuestra fe cristiana. El primero representa la firmeza y el segundo la entrega total al Evangelio, dos visiones que traté de cumplir en vida. Graduarme ese día fue una señal de que la voluntad de Dios era cumplir mi profesión desde la ciencia y la fe, ser un buen médico y a la vez un mejor cristiano cada día.

TAMBIÉN FUE LA FECHA DE SU MUERTE ¿CIERTO?

Ciertamente hija, el 29 de junio de 1919 fue el día en el que el Señor me llamó a su presencia, de vuelta a casa, el día de mi paso de la vida terrenal al Hogar del Padre. Era tarde, fui a comprar unas medicinas que necesitaba una paciente que no tenía para comprarlas, estaba muy enferma y no podía moverse, por lo que decidí ir yo mismo a llevárselas. Estaba cruzando la calle en la esquina de Amadores, en La Pastora,



Caracas, pensaba en muchas cosas, iba en mi diálogo interno y no vi el vehículo que me atropelló.

Para mí esto fue producto del gran misterio de la Providencia Divina. Esta fecha, describió mi existencia terrenal desde la misión de San Pedro y San Pablo: firmeza en el estudio científico y entrega a la palabra del Padre. Es como si toda mi vida, desde el inicio de mi vocación hasta el momento de mi muerte, estuvo bajo la protección divina y el servicio. Mi vida terminó en el cumplimiento de mi deber como médico y cristiano, no pude desear una forma más coherente de partir.

FORMACIÓN PARA CUMPLIR LA VOLUNTAD DEL PADRE

El doctor San José Gregorio Hernández me pide una pausa para atender una causa urgente de sanación. Con solemnidad, sencillez y serenidad se retira del espacio en el que conversamos, para luego volver con una sonrisa en su rostro y una luz que ilumina más su presencia.

DOCTOR, ¿POR QUÉ DECIDIÓ SER MÉDICO?

Mira, a mí me gustaba estudiar mucho. Tuve un excelente maestro: Pedro Celestino Sánchez, él enseñaba con cariño y mucha dedicación en la escuela de Isnotú. Me esmeraba tanto que, cuando cumplí 13 años, el maestro le dijo a mi papá que no tenía más qué enseñarme y le sugirió que me enviase a Caracas para ampliar mis conocimientos.

En ese momento quería estudiar Derecho, me gustaba todo esto de las leyes, pero mi papá me hizo ver la enorme falta que le hacía al pueblo no tener médicos que curaran a las personas enfermas, por lo que entonces me incliné por esa vocación: servir a través de la medicina.

¿QUÉ SIGNIFICÓ PARA USTED, CUANDO APENAS TENÍA 13 AÑOS, VIAJAR Y VIVIR LEJOS DE SU FAMILIA EN UNA CIUDAD COMO CARACAS? HASTA EL MOMENTO SOLO HABÍA VISTO MONTAÑAS, CASERÍOS, AHORA ESTABA EN LA CAPITAL ¿QUÉ SINTIÓ?

¡Imagínate! ¡Qué miedo! ja,ja,ja Había una mezcla de emociones en ese momento. Sentía la alegría de conocer la capital, para cualquier

muchacho de un caserío era un reto ir la principal ciudad del país, pero también había tristeza porque era la primera vez que me apartaba de mi cobertizo familiar: de mi padre, mis tías, mis hermanitos, mi madrastra, mis amigos, mi gente. Recuerdo que salí de madrugada con los generales Jesús Romero y Francisco Vásquez, que esa noche se habían quedado en la casa. La travesía fue larga y cansona: una hora para pasar por Betijoque, luego pasar por los llanos y pasar la noche en La Ceiba; esperar la piragua al día siguiente para ir por el lago con destino a Maracaibo donde tardamos, al menos, 48 horas para ir a Curazao y de allí a La Guaira, de ahí iríamos hacia Caracas por el Camino de los españoles. Seguro ya te cansaste ¿verdad? ja,ja,ja. Imagínate un niño de 13 años, el traslado no era como ahora que tienen otros transportes y carreteras.

Cuando llegué a la ciudad apenas pude darle un vistazo porque me llevaron directamente al famoso Colegio Villegas, donde estudié gramática castellana y obtuve el diploma y el premio por destacarme en las materias que cursé. Además, por ser un internado, viví por algunos años después del bachillerato por desempeñarme como Inspector de Vigilancia. De no conocer nada, después me sabía cada rincón de Caracas, una ciudad de gente gentil y de calles muy aseadas.

¿CÓMO LLEGÓ A ESTUDIAR EN PARÍS Y CÓMO VIVIÓ SU FORMACIÓN ALLÍ? ¿ES VERDAD QUE AL REGRESAR A VENEZUELA USTED TRAJÓ EL PRIMER MICROSCOPIO Y FUE PIONERO EN LOS ESTUDIOS DE INMUNOLOGÍA EN EL PAÍS?

Cuando me gradué de médico tenía 23 años y decidí devolverme a mi pueblo para ayudar a mi gente, ejercer la profesión allí. Pude hacerlo con limitaciones, no solamente por los problemas políticos que existían en esa época, sino porque la gente había puesto su fe en otras creencias y prácticas médicas tradicionales para solucionar sus problemas de salud. Entonces regreso a la capital y el presidente de aquella época ¿cómo se llamaba?

DOCTOR JUAN PABLO ROJAS PAÚL

¡Claro! ¿Cómo se me va a olvidar? Gracias por recordármelo, bueno, el doctor Rojas Paúl



Casa Museo de San José Gregorio Hernández. La Pastora, Caracas.

Fuente: <https://haimaneltroudi.com/de-visita-en-la-casa-de-jose-gregorio-hernandez-el-santo-del-pueblo/>



decreta la construcción de un nuevo Hospital Nacional, allí estuve, así como dando clases en la Universidad Central pues yo egresé como uno de los mejores estudiantes, hasta que se dio la oportunidad y me concedieron una beca por excelente desempeño. Viajé a Francia, a la Escuela de Medicina de París, era noviembre de 1889 ¡Un pichoncito de médico! Ahí cursé tres períodos de preparación formal hasta 1891, lo que ahora se llaman posgrado.

Bueno, esa fue una época muy enriquecedora porque tuve la oportunidad de relacionarme con grandes hombres de la medicina experimental para la época, aquí en Venezuela aún nos faltaba un poco en la materia. Estuve bajo la tutela de Charles Richet, quien ganó el Premio Nobel de Medicina en 1913; también compartí con Émile Duval y Ernest Straus, ellos me iniciaron en los métodos modernos de fisiología, histología y bacteriología.

Para mí era una gran responsabilidad cumplir con la confianza que depositaron en mí al otorgarme esa beca, por eso absorbía todo lo que podía, cuestionaba y le daba un sentido para aplicarlo a la realidad venezolana de ese momento. Me vinculé con las técnicas de cultivo microbiano, tinción celular y experimentación fisiológica que aún no se practicaban en América Latina, siempre traté de mantener el rigor, la disciplina, la búsqueda de la verdad, a mirar con profundidad.

Entonces cuando regresé tenía muchas cosas que enseñar y fundé en la UCV las cátedras de Histología Normal y Patológica, Fisiología Experimental y Bacteriología. Me traje de París, se me encomendó también la tarea pues de traer, un equipo de laboratorio como el de la Universidad de París.

ALLÍ ENTONCES TRAJO AL PAÍS POR PRIMERA VEZ UN MICROSCOPIO ¿CIERTO?

Exactamente, entre el equipo se incluía un microscopio y con él inicié a mis estudiantes en el cultivo y coloración de microbios, para estudiar y buscar soluciones a las enfermedades que por esta causa ocurrían en el país. Como le dije, en esa época aún las personas buscaban la medicina empírica y los curanderos para solucionar sus males, había que buscar formas efectivas.

CONEXIÓN ENTRE CIENCIA Y FE

ME LLAMA LA ATENCIÓN QUE UN HOMBRE DE CIENCIA TAMBIÉN SE LE VINCULA CON ESO QUE NO ES VISIBLE, QUIZÁS HASTA PARANORMAL QUE SOLO SE LLEGA A TRAVÉS DE LA FE. SIENDO UN CIENTÍFICO DE VANGUARDIA EN SU TIEMPO. ¿CÓMO VIVIÓ LA RELACIÓN ENTRE CIENCIA Y FE?

Nunca las vi como enemigas, siempre supe que todo lo que hacía desde la ciencia tenía un origen y un destino conforme al servicio de Dios, yo solo fui un instrumento para que se hiciera su voluntad. La ciencia me enseñó a mirar el entorno desde lo que no se puede ver, desde la paciencia; me instruyó en la disciplina del método, en no conformarme con una explicación absoluta, sino que había formas terrenales, no descubiertas, para aliviar o sanar el sufrimiento del hermano.

La fe siempre me abrió los ojos a ver una solución en cada diagnóstico. Percibir al ser humano como un hermano con una historia, con miedo y con esperanza. Mientras en la universidad nos iniciábamos en los nuevos saberes de la medicina experimental, yo sentía que estudiar era un modo de agradecer a Dios el don que nos da encontrar las formas de aliviar el dolor ajeno y la inteligencia para entender mejor su creación. Tener fe fue concebir la vida desde diferentes dimensiones: el dolor, la esperanza, la muerte, el amor de una madre por su hijo enfermo, un ámbito que ningún microscopio puede medir, pero que son tan reales como lo que ves en un laboratorio.

Cuando partí al hogar del Señor, entonces comprobé que hay situaciones que escapan del protocolo clínico y que los médicos no pueden alcanzar. Entonces pude seguir mi labor desde lo que llaman “milagros” o “favores” que comienza en donde termina el alcance de un colega en el mundo de los vivos y que solo se accede por medio de la fe en Dios.

En vida hice lo humanamente posible por aliviar el sufrimiento, con los conocimientos más avanzados que pude adquirir, ya lo que no podía explicar desde mi mortalidad quedaba en manos del que todo lo puede y se le pide con humildad para que interceda. Ahora puedo ver lo que un médico mortal no logra determinar. Por ejemplo, sé que usted ahorita usted tiene un dolor, una



presión en el pecho ¿verdad hija?

¡Sí! ¿CÓMO LO SUPO?

Porque ahora veo más allá de lo que se me dice o se me presenta; quizás siempre lo hice, pero ahora tengo más facilidad para saberlo porque mi amor al otro ya traspasa la materialidad del cuerpo.

Lo que usted tiene ocurre con mucha frecuencia, a mí también me pasó y tiene que ver con una inquietud profunda entre el alma y el cuerpo. Eso me ocurrió cuando pensaba sobre mi vocación, luego de que en 1908 solicitara permiso a la universidad para dedicarme a la vida religiosa, un período muy concreto y muy humano de mi vida. En ese momento viajé a Italia para ingresar en el monasterio de la Cartuja de Farneta, en la Toscana. Allí tomé el nombre de Fray Marcelo, decidido a probar si el llamado a la vida religiosa era verdaderamente el mío. Traté de adaptarme durante nueve meses al silencio, al clima frío, a una disciplina física y espiritual fuerte, siempre manteniendo el rigor y la entereza que me caracterizaba. Pero mi salud empezó a quebrantarse hasta el punto de que el padre superior juzgó prudente que dejara los hábitos y regresara a Venezuela para recuperarme

Entonces, como todo mortal, con cierta angustia, algo de tristeza, tuve que aceptar que debía retornar sin saber cómo iba a unir mi deseo de consagrarme a Dios con la bata blanca y desde los salones de la Universidad Central, en un país que enfrentaba una crisis nacional, epidemias, carencias en los hospitales.

Veía la impotencia de mis colegas que no se bastaban para atender a tantos enfermos pobres. Fue allí cuando sentí ese nudo en el pecho que usted tiene hija y lo entendí: todo era voluntad de Dios, debía buscar el trabajo espiritual en mi acción, redoblar mis esfuerzos con oración y confianza en que yo no era dueño de los resultados, sino un servidor limitado a la voluntad del Padre. Así que confíe hija, siempre lo que ocurre tiene un propósito, haga su labor hasta donde pueda con compromiso y vocación entendiendo que solo el Señor tiene la última palabra y él es el único que sabe el porqué de lo que hace: deje todo en sus manos. Respire, si suelta alguna lagrimita no se preocupe, eso limpia



Casa Museo de San José Gregorio Hernández. La Pastora, Caracas.

Fuente: <https://haimaneltrodi.com/de-visita-en-la-casa-de-jose-g>

y confíe en Dios, él tiene el control.

GRACIAS DOCTOR, ME ALIVIA MUCHO SUS PALABRAS (LE DIJE LUEGO DE LLORAR UN RATO)

Imagino que así les hablaba a sus pacientes, especialmente a los pobres a quienes atendía sin cobrar ni un bolívar.

¿QUÉ LE ENSEÑARON ELLOS?

Hija, la enfermedad siempre trae un dolor físico y también un desasosiego del espíritu, por eso el médico que no sepa dar consuelo y esperanza, siempre aplicará una ciencia hueca e incompleta. En vida siempre procuré hablar a mis pacientes con la misma sencillez y ternura con la que te hablo a ti, porque en cada enfermo del cuerpo, de la mente o del espíritu veo a un Cristo sufriente.

Los pobres fueron los grandes maestros que me enseñaron lo que la universidad no impartía ni se imparte y que bien mi madrecita Josefa y mi padre Benigno iniciaron. Me mostraron la



regorio-hernandez-el-santo-del-pueblo/

auténtica humildad, porque cuando el que sufre no tiene recursos se entrega totalmente a la voluntad de Dios y las manos del médico. Lo ven a uno más allá de un título, nos convertimos en un instrumento de la Divina Misericordia, como debe ser.

Muchos de mis pacientes pobres tenían una riqueza espiritual inquebrantable y una dignidad admirable. Ellos me mostraron que la verdadera riqueza no está en los bienes del mundo sino en los que atesora el alma. Me mostraron que, para ser médico, antes se debe ser apóstol de la caridad, del amor al prójimo sin pretensiones, y que si se obra de esa manera la recompensa es inmediata: la alegría de aquella persona y la retribución de un afecto desinteresado.

APÓSTOL Y ARTISTA: MÚSICA, BAILE Y LA LUCHA CONTRA LA EPIDEMIA DE 1918

UN PAJARITO ME COMENTÓ QUE USTED ESTUVO MUY VINCULADO CON LA MÚSICA ¿QUÉ LUGAR OCUPÓ EN SU VIDA?

¡Ah, pero ese pajarito es un buen mensajero! Ja,ja,ja. Me alegra que te sople datos verdaderos. Cuando estuve en el Colegio Villegas aprendí teoría y solfeo y también estudié un poco de piano, bajo la guía de Juan Bautista Calcaño. Para mí la música fue un refugio, la alegría serena, el alimento para el alma. Tocar piano era como rezar con los dedos, por eso lo hacía en mis tiempos libres.

Cuando cursaba el segundo año de medicina, logré comprar un armonio, que es como un órgano pequeño. Lo tenía en la habitación en la que viví entre 1883 y 1884, en Madrices a Ibarra ¿sabes? Además de las clases para tocar este instrumento, estudié canto y cuando terminaba mis clases, iba a mi habitación y practicaba canto junto con el armonio.

Me gustaba interpretar música clásica y sacra, la del Padre; pero también la de salón de grandes compositores de finales del siglo XIX. Le cuento, que cuando visitaba los domingos a mi amigo Santos Dominici, una de sus hermanas, Inés, se sentaba conmigo en el piano y lo ejecutábamos a cuatro manos para deleitar la tertulia. ¡Qué tiempos! Eso les encantaba mucho a mis amigos, pero sobre todo a mí, tanto era así que aceptaba las invitaciones a sus fiestas familiares para amenizarlas. Disfrutaba tanto la música como practicar la medicina y servir al necesitado.

En mi casa en La Pastora, de San Andrés a Desbarrancado, donde también atendía a mis pacientes, antes de iniciar la consulta, un poco para calmar su angustia y la sus familiares mientras esperaban en los bancos de madera, les tocaba algunas piezas en el piano y en el violín... ah porque te dije que también tocaba violín ¿verdad?

NO DOCTOR, ¿EN SERIO TOCABA TAMBIÉN VIOLÍN?

Sí, aprendí cuando estuve estudiando en París, me compré uno que luego regalé a uno de mis hermanos. Aportaba al mundo con el análisis de la ciencia, curaba a los enfermos con mis conocimientos médicos y también aliviaba los males que son del alma con la música.

DOCTOR, EL MISMO PAJARITO ME DIJO QUE A USTED LE ENCANTABA BAILAR Y LOS HACÍA MUY BIEN ¿ES



CIERTO?

Ja,ja,ja ¡Pero que pajarito pá chismoso! Pues sí, disfrutaba compartiendo con los amigos en los salones bailando valeses, danza, mazurca, polca. Las muchachas me esperaban para bailar, entonces creo que lo hacía bien ¿verdad? ja,ja,ja. Debo confesar que, en mi juventud, la afición al baile y a la música me ayudó mucho a atenuar la rigidez del estudio, la disciplina y el servicio. Tanto en mis primeros años en Isnotú y luego como estudiante en Caracas era una actividad común y disfrutada, fui un muchacho como todos, con ganas de compartir.

¿CÓMO ENFRENTÓ LA EPIDEMIA DE 1918?

Fue terrible hija, un momento de gran prueba y dolor para Venezuela y la humanidad. La enfrenté con ciencia, con fe en Dios y apoyado en su palabra, siempre con la caridad en ayudar al necesitado, sin descanso.

Como investigador en Bacteriología e Historiología mi primera reacción fue estudiar y entender la enfermedad para combatirla, aunque sabíamos que era un virus silencioso y difícil.

Recuerdo que junto a otros colegas como el doctor Luis Razetti, hombre honorable como muchos otros, alcé mi voz para alertar que lo que estaba matando a la gente no era la gripe, sino la miseria, la falta de higiene y la absoluta pobreza en la que vivía la mayoría de nuestra población.

No me importaba el riesgo de contagio, ni la hora, mi deber era estar junto al enfermo, comprarle con mis propios recursos la medicina y llevarle no solo el tratamiento que le aliviara, también el consuelo y la esperanza en la palabra de Cristo.

Para muchos de los moribundos y sus familias, mi presencia era un bálsamo, les recordaba la misericordia de Dios y los ayudaba a prepararse para el encuentro con el Padre.



MENSAJE A LA JUVENTUD MÉDICA Y DESEO POR VENEZUELA

ANTE TANTOS AVANCES DE LA CIENCIA, UNA NUEVA PANDEMIA QUE ACABA DE PASAR Y UNA SOCIEDAD QUE NO ES IGUAL A LA DE USTED CUANDO ESTUVO CON VIDA EN ESTE ESPACIO TEMPORAL, ¿QUÉ LE DIRÍA HOY A LOS MÉDICOS Y MÉDICAS JÓVENES DE VENEZUELA?

En ese momento, San José Gregorio hizo una respiración profunda y fijó la mirada por unos segundos en el horizonte, como evocando más de un siglo de historia.

¡Ay hija! No es una respuesta sencilla de resumir pues, ciertamente, tu mundo no es igual al que viví, así que cuestionar alguna práctica o forma de hoy quizás pudiese parecer hasta injusta. Sin embargo, aunque la ciencia ha cambiado, la sociedad no es la misma, la naturaleza del sufrimiento si es igual en toda la historia de la humanidad; pruebas del Padre para que aceptemos con humildad su voluntad y confiemos en su magnificencia.

Si un médico, o médica como usted dice, de mi amada Venezuela me escuchara o leyera lo primero que tendría que decirle es que sean apóstoles de la ciencia, que valoren un conocimiento y una tecnología que yo solo pude soñar en mi época, y que entiendan que la ciencia y los avances no se detienen, por eso nunca pueden dejar de estudiar. La grandeza de un científico es reconocer con humildad que siempre hay algo nuevo por descubrir y que aprender para servir mejor a la sociedad.

Usen esta maravillosa ciencia heredada con una ética ferviente, la tecnología siempre debe estar al servicio de la humanidad y no al revés. La vida, de principio a fin, es sagrada y a ella nos debemos.

No permitan que la prisa y la búsqueda del



perfeccionismo y la eficiencia del mundo moderno les enfríe el corazón. En medio de una cirugía, una resonancia, una consulta hay un alma asustada, el ser humano no es una máquina biológica, es un reservorio de historia, sentimientos, nobleza y quizás algo de miseria, pero esto último no debe sugestionarles en el ejercicio de su labor.

Todo trabajo tiene un valor, es cierto, los años de estudio, las noches de desvelo, los libros, hay que vivir la profesión con dignidad, pero que esto no les nuble el alma y les haga olvidar a los más pobres. Aún en nuestra Venezuela, la pobreza sigue siendo una herida abierta y hay quienes no tienen nada. El servicio desinteresado, con la misma ética y esmero que en un privado, no es una opción: es un deber moral y profesional.

Entiendo que las dificultades por las que atraviesa nuestro país son complejas y la tentación de buscar otros territorios es fuerte, pero les ruego desde la gracia del Padre: sirvan a la Patria, el juramento hipocrático también tiene eco profundo en la tierra que los vio nacer y que los necesita como un instrumento de Dios, con talento y compromiso.

Nuestra fe tiene que ser el impulso, el motor, que les dé la fuerza para luchar cada día contra el desaliento, la indolencia, las almas corrompidas por la ambición, la desesperanza y la enfermedad. Sean puentes entre los avances científicos y pónganse en las manos del Padre. Que cada uno de ustedes sea una verdadera, un verdadero siervo de Dios en el hospital, en el Centro Diagnóstico Integral, en la calle de su casa, donde le toque servir.

ME ES DIFÍCIL CERRAR ESTA ENTREVISTA

Siempre estaré cuando necesites. Ora, cierra los ojos, mira más allá del cielo, conéctate conmigo y tu energía interna, ahí estaré yo para aliviar las penas no solo físicas, sino aquellas del alma que no se ven, pero se sienten.

SI PUDIERA FORMULAR UN DESEO PARA VENEZUELA Y PARA SU GENTE, ¿CUÁL SERÍA?

En ese momento, el doctor San José Gregorio Hernández junto sus manos. Su presencia se iluminó mucho más y el ambiente se sintió más ligero, como si hablara con palabras que solo el alma y el amor pueden descifrar.

Mi deseo más ferviente para mi amada Venezuela y cada venezolana y venezolano es que se recupere la armonía, el amor entre hermanos, el reconocimiento y la esperanza en el otro y que esté profundamente cimentada en la caridad cristiana.

Hay que respetar la dignidad, trabajar unidos por erradicar la miseria, conseguir una buena salud y educación gratuita para todas y todos, sin distinción. Que el humor, la solidaridad, la preocupación por el otro que nos caracteriza como venezolanas y venezolanos siga siendo la referencia con las que se recuerde nuestro gentilicio, independientemente se esté en cualquier rincón del mundo.

Que todos se aprendan a escuchar con respeto, reconocimiento, sin etiquetas, ni rencores para reafirmar y valorar el pueblo grande que fuimos, somos y seremos para construir un bien común.

Para el corazón de cada venezolana y venezolano, mi deseo es que se comprenda que el remedio para todos nuestros males no está solo en la economía o la política, sino en el amor al prójimo, y que la fe no se quede solo en el templo, sino que se manifieste activamente en la calle, en el vecindario y en el hospital.

Pido al Señor que nos conceda la unión del espíritu y el sacrificio por el prójimo, que este deseo se convierta en una oración constante en tu corazón.

AMÉN QUERIDO SAN JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ, MUCHAS GRACIAS

Que así sea hija, lectora o lector que hoy lees y me escuchas en tus pensamientos...



La espiritualidad es un componente fundamental de la cultura

Fuente: Imágenes de esta página. Google.com